

Levante 28 de mayo de 2006

En domingo

FOTO: PERALES IBORRA

El castillo de Montesa, uno de los más importantes de la Comunitat Valenciana, tiene cerca de mil años de historia. Destruído por los terremotos que asolaron la Costera en 1748, permanece desde entonces en estado de ruina, a pesar de que en 1926 fue declarado monumento nacional. «En Domingo» inicia hoy una serie de tres entregas con el ánimo de que los valencianos conozcan uno de sus más emblemáticos monumentos, a la espera de que la Administración ponga manos a la obra e inicie su proceso de restauración. Páginas 2 y 3.

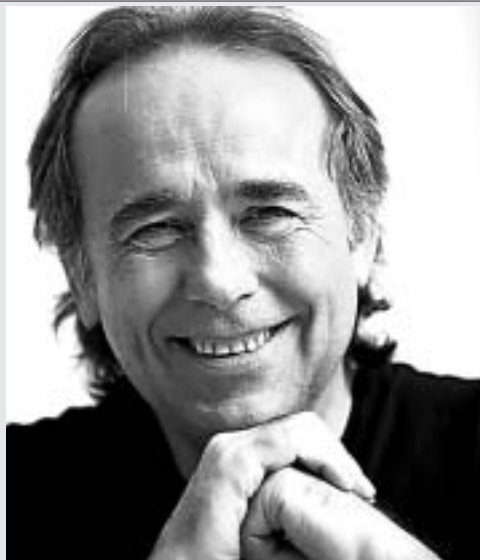


Castell de Montesa

6/7 ENTREVISTA

Joan Manuel Serrat

«Valencia me parece espléndida por muchas razones»



5 MEDIO AMBIENTE

Paisajes y jardines

Un repaso por la historia de los espacios verdes mediterráneos

8 MEMORIA

Nobles y ciudadanos

Un libro de María José Muñoz Peirats repasa la historia de la nobleza valenciana



Antonio Vergara

SALVE Y USTED LO PASE BIEN

Sangre, sudor y bielas

Las transfusiones de sangre siempre fueron asociadas a hemorragias de diversa etiología. Cuando a alguien le ponen sangre es porque está malito y la necesita para recuperarse y no morir de momento. Normalmente, a casi nadie le apetece que le saquen sangre. No causa buena sensación psicológica darse cuenta de que por la jeringuilla se escapa, a cuenta-gotas, la vida. De ahí que la reacción instintiva sea no mirar la aguja clavada en la vena. Cuando nos quitan sangre es como si alguien nos estuviese matando lentamente (¿o no?) y robándonos el líquido que nos permite gozar diariamente de la cultura del fútbol. Además, según la mayor o menor habilidad del profesional y de la morfología de las venas, la extracción puede no causar molestias o contusionar aquéllas hasta alcanzar un bonito color morado (y luego amarillento). A veces, como en los toros, hay que pinchar varias veces, e incluso rectificar el trayecto de la jeringuilla, escarbando por aquí y por allá, en la inermes vena, e intentado no extraer petróleo sino sangre.

También puede suceder que la aguja se quede en la vena, separada de la jeringuilla, al modo de una estocada taurina desprendida o, todavía peor, un bajonazo, llamado así porque la espada casi le atraviesa la barriga al morlaco. Menos mal que, generalmente, quienes en cumplimiento de su profesión sacan el preciado líquido rojo (a veces espeso, a veces menos, de tono encarnado o de vino tinto con mucha extracción de color) no barrenan la vena como los picadores en el morrillo de los cornúpetas. Ahora, con el escándalo del dopaje y el tráfico sanguíneo descubierto por la Guardia Civil, que afecta, presuntamente, a ciclistas de más o menos elite y, tal vez, a otros deportistas (¿) —la realidad es que era algo que ya se sabía: faltaba que

¿Y saber que tu propia sangre, congelada, está en un frigorífico (junto a las verduras, los quesos y las sardinas) hasta que te la reingresan antes de empezar, por ejemplo, el Tour de Francia?

un cuerpo tan profesional como la Benemérita aportara las pruebas—, deberíamos afirmar que nos parece una vergüenza, un fraude y la muerte definitiva de tantas románticas ilusiones puestas en los *esforzados de la ruta* y en la *serpiente multicolor*. Y lo afirmamos. También deberíamos denunciar a quienes, desde hace muchos años, han amparado tanta estafa, engañando a las buenas gentes con soflamas patrioterías. Son, sucintamente, las autoridades deportivas (¿estaban en Babia?), ciertos médicos corporativistas, organizadores de carreras, patrocinadores e inclusive periodistas especializados. Ya en 1991, uno de ellos, valenciano, nos contó lo que veía (trasiego de jeringuillas y de mercancías sin identificar) cuando viajaba para cubrir la Vuelta Ciclista a España.

Afirmamos, desde luego, que todo esto es una vergüenza, como también que al pueblo llano le convendría utilizar más la razón que dejarse llevar por unas primitivas emociones perfectamente inducidas por los señores del gran negocio *deportivo*. ¿Está a punto de llegar el día en que irán dopados hasta los progres de la bici que arrojan a los peatones en las aceras, circulan por la calzada —sin respetar las direcciones prohibidas— o por el cauce seco de **Bofill** / **Pérez Casado**? Dios quiera que no.

Una vez condenado el Gran Timo Deportivo (ya vendrán otros) o *Mens Sana In Corpore Sano*, debemos mostrar, no obstante, nuestra poética admiración por los presuntos implicados, víctimas, se supone que más o menos voluntarias, de extracciones, transfusiones y autotransfusiones de sangre a lo bestia (uno ha confesado que le chupaban un litro o más por sesión). Mártires de las jeringuillas. ¿Y saber que tu propia sangre, congelada, está en un frigorífico (junto a las verduras, los quesos y las sardinas) hasta que te la reingresan antes de empezar, por ejemplo, el Tour de Francia?

Terrible, atroz y fantástico. **Pi de la Serra** escribió una canción, *Spot* (1971), casi premonitoria. Trataba de la promoción publicitaria de la sangre en la televisión. «*Pastillas de sangre, mas-tíquelas lentamente en la boca*»...

Castell de Montesa (I)

Unas ruinas con historia

A. Garzó ■ XÀTIVA

FOTOS: PERALES IBORRA

El castillo [de Montesa] en la actualidad ofrece una vista por demás desoladora; por doquier se ven ruinas y sólo algún que otro capitel, fuste de columna o azulejos que escaparon a las manos de avarientos visitantes, nos pueden ofrecer, siquiera vagamente, una impresión de lo que fue aquel claustro monacal». Estas letras, obra de Vicente Ferrán y Salvador, son de 1926. Hoy, ochenta años después, bien podrían seguir igual de vigentes de no ser por la importante consolidación de restos acometida desde hace apenas diez años, en concreto desde 1996. Ya no hay saqueadores, entre otras cosas porque queda poco que saquear. Pero la fortificación sigue con esa imagen de perpetua ruina, tan asimilada ya porque nadie en más de doscientos años conoció otra silueta distinta.

Si Ferrán y Salvador dejaba constancia del imparable deterioro del castillo en 1926, esa fecha debió ser precisamente el momento en el que la ruina empezase su cuenta atrás, ya que el 13 de abril de ese año, el Estado lo declara Monumento Nacional. Pero desgraciadamente no fue así. Tanto antes —desde 1887, aprovechando la desamortización de Mendizábal de 1835— como posteriormente, se contabilizan varias operaciones de venta, todas ellas privadas y casi siempre entre caballeros de la Orden montesina. En esos años —mediados de los 50 y 60— todavía hay amantes de los ajenos que roban piezas, todo ello aderezado con el más absoluto desdén de las instituciones locales. El Marqués de Olivart fue el último dueño privado. Vendió los restos al ayuntamiento en 1970.

El castillo de Montesa tiene, al menos, mil años de historia. Su primera constancia documental data del siglo X. La fábrica original, pues, es islámica. Pero poco quedó de ello en las posteriores reedificaciones, las más importantes de las cuales son, según los historiadores, las del siglo XIV (sala capítular, refectorio, iglesia,

horno y muralla circundante del convento) y las del XV (la capilla de San Jorge). En esa época toma cuerpo, por tanto, el castillo tal como ha sido estudiado posteriormente. De esa primera fase, queda en pie parte de la torre de homenaje, incluido su escudo. Es el fragmento que más nítidamente remite al pasado. De finales del XV es la portada de las habitaciones del Maestro, que hoy están integradas en el Palau de la Generalitat.

Lugar de ceremonias de introducción en la Orden de Santa María de Montesa o sede de la comunidad de religiosos bajo la regla de Sant Benet, lo bien cierto es que el esplendoroso pasado del castillo se remonta a antes de 1748. Ese año, el terremoto que asoló lo que hoy se conoce como la comarca de La Costera causó tal daño a la fortaleza que todo su historial posterior es la crónica del abandono, el expolio y el saqueo. Mariano González Baldoví, hoy director del museo municipal de l'Almodí, en Xàtiva, describe en 1983 cómo la titánica tarea que hubiera supuesto reconstruir el castillo fue sustituida por otra acción que, con el tiempo, significaría condenarlo a la ruina.

Según González, «*el castillo fue destruido en los terremotos acaecidos entre el 23 de marzo y el 2 de abril de 1748. Conocida la noticia en Valencia, la orden envió varias personas con la misión de*

La fortificación sigue con esa imagen de perpetua ruina, tan asimilada ya porque nadie en más de doscientos años conoció otra silueta distinta.



FOTO: EFE



recuperar el Santísimo, los cadáveres, objetos preciosos y documentos, así como auxiliar a los heridos». Este estudioso del patrimonio sitúa en ese contexto el imparable camino hacia el expolio total. «Algunos elementos arquitectónicos, laudas sepulcrales y escudos labrados fueron trasladados al Palacio del Temple y otros edificios de la capital. La fortaleza quedó abandonada y, durante muchos años, sirvió de cantera para las obras de reconstrucción del pueblo. A lo largo del tiempo desaparecieron las columnas, capiteles, claves y los pavimentos de azulejos góticos y barrocos. Hoy es un monumento arrasado y expoliado, donde apenas se pueden reconocer algunas dependencias», resumía González Baldoví.

FRANCO NUNCA ORDENÓ EXCAVARLO. Como si de otro Código da Vinci se tratara, el castillo de Montesa también cuenta con sus particulares leyendas. Acaba de publicarse una novela, *El espejo de Salomón*, de León Arsenal, que se aproxima tangencialmente al castillo. Su autor dice utilizar una base real cuando se refiere a una secretas excavaciones durante el franquismo y traslada ese hecho a otro contexto. Arsenal dice que «*Franco mandó acordonar el derruido castillo de Montesa mientras en el interior trabajaba un ejército de arqueólogos sin que se supiera bien para qué*». Menos mal que el escritor, defensor del axioma de que no se deba hacer pasar fabulación por realidad, agrega que el libro no pretende dar una hipótesis sobre la ubicación del gran tesoro de los visigodos. Un historiador y erudito local, Josep Cerdà –que además tiene un cameo involuntario en el libro– certifica el grado de fabulación que encierra ese pasaje de la novela y asegura que tal extremo es falso de todas todas.

Este mismo experto en la historia de Montesa y de su castillo agrega que, como mucho, hay documentada una excavación después de la Guerra Civil, pero para nada se trata de una misión secreta en búsqueda de no se sabe qué misterios. Fue una prospección en la que, por cierto, se halló la lápida de Berenguer March, tío de Ausiàs March, quien fue enterrado en el castillo.

Si se puede hablar de un misterio ése sería el saber a dónde fue a parar esa pieza, porque se sabe que fue descubierta allí pero no quién se la quedó, lamenta Josep Cerdà.



Los restos del castillo de Montesa

Tan sólo se pueden reconocer algunas dependencias del que en su día fue el Sacro y Real Convento de la Orden de Santa María de Montesa y San Jorge de Alfama, a penas respetadas por los terremotos de 1748. En el interior del castillo se edificó un monasterio siguiendo la planta típica cisterciense.

1317

Se crea la Orden de Montesa

Tras la desaparición de la Orden del Temple en 1312, Jaime II inicia una serie de embajadas al Papa para crear una orden militar con los bienes de los templarios y los hospitalarios. En el 1317, el Papa Juan XXII promulga la bula de la fundación de la Real Orden de Montesa.

1748

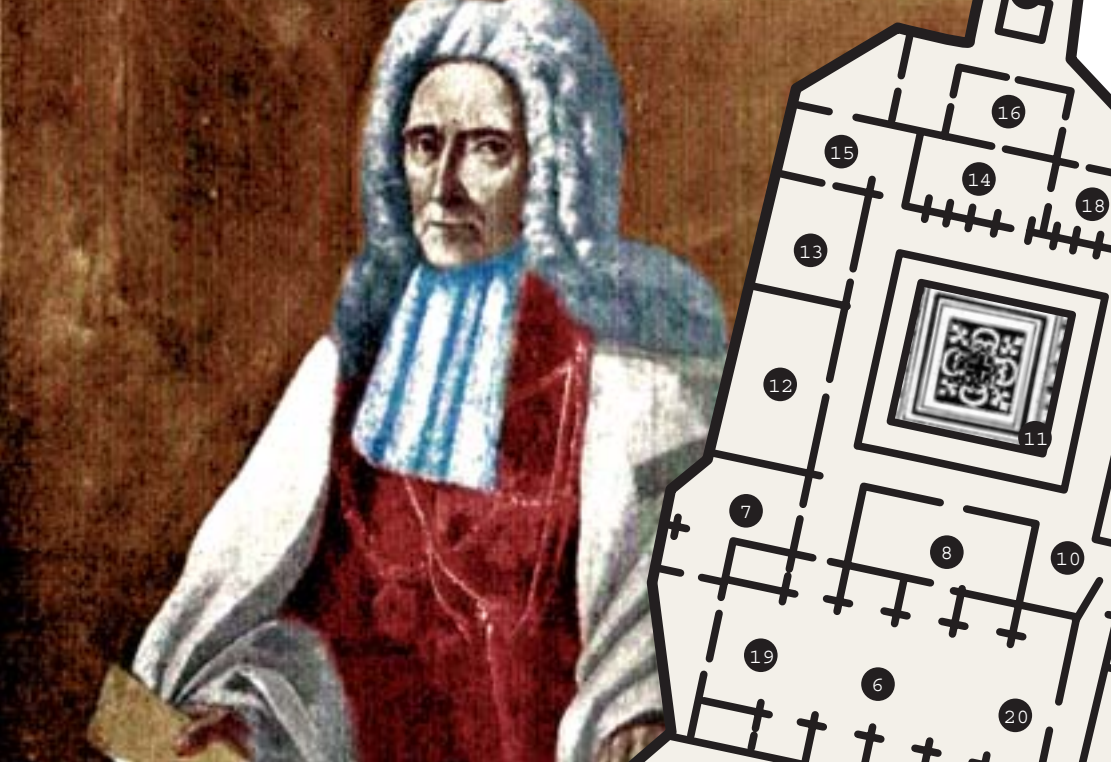
Destrucción del castillo

Los terremotos de los días 23 de marzo y 2 de abril destruyeron el castillo, sepultando a la mayoría de sus moradores. Los frailes supervivientes se trasladaron en julio de ese año a Valencia al Palacio del Temple, donde construyeron un nuevo convento

1835

Extinción de la orden

En 1835 se extinguieron los señoríos que dependían de la Orden. Sus bienes pasaron a manos particulares. La Orden mantuvo el derecho de nombrar al cura de la parroquia entre los frailes montesianos. Esta situación se mantuvo hasta 1852.



Retrato de José Folch de Cardona, Lugarteniente General de la Orden

CLAVES DEL PLANO

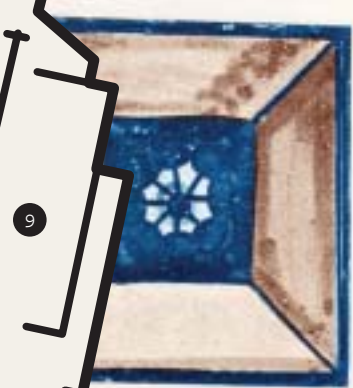
1: Entrada y puente.	9: Palacio y refectorios	17: Torre del Homenaje
2: Plaza de armas	10: Entrada a la barbacana	18: Despensa de la cocina
3: Patio del comendador	11: Claustro mayor gótico	19: Capilla mayor
4: Parque	12: Priorato	20: Coro alto
5: Cuartel	13: Contaduría	
6: Iglesia	14: Biblioteca	
7: Sacristía	15: Dormitorios	
8: Sala capitular y archivo	16: Patio de la cisterna	



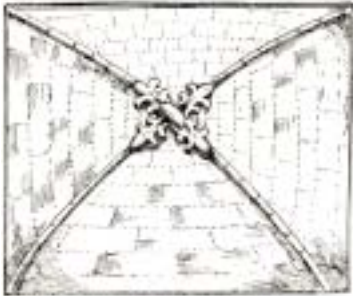
Vista del Castillo de Montesa en 1949



Pila gótica blasonada



Azulejos encontrados en las excavaciones



Bóveda de la sacristía



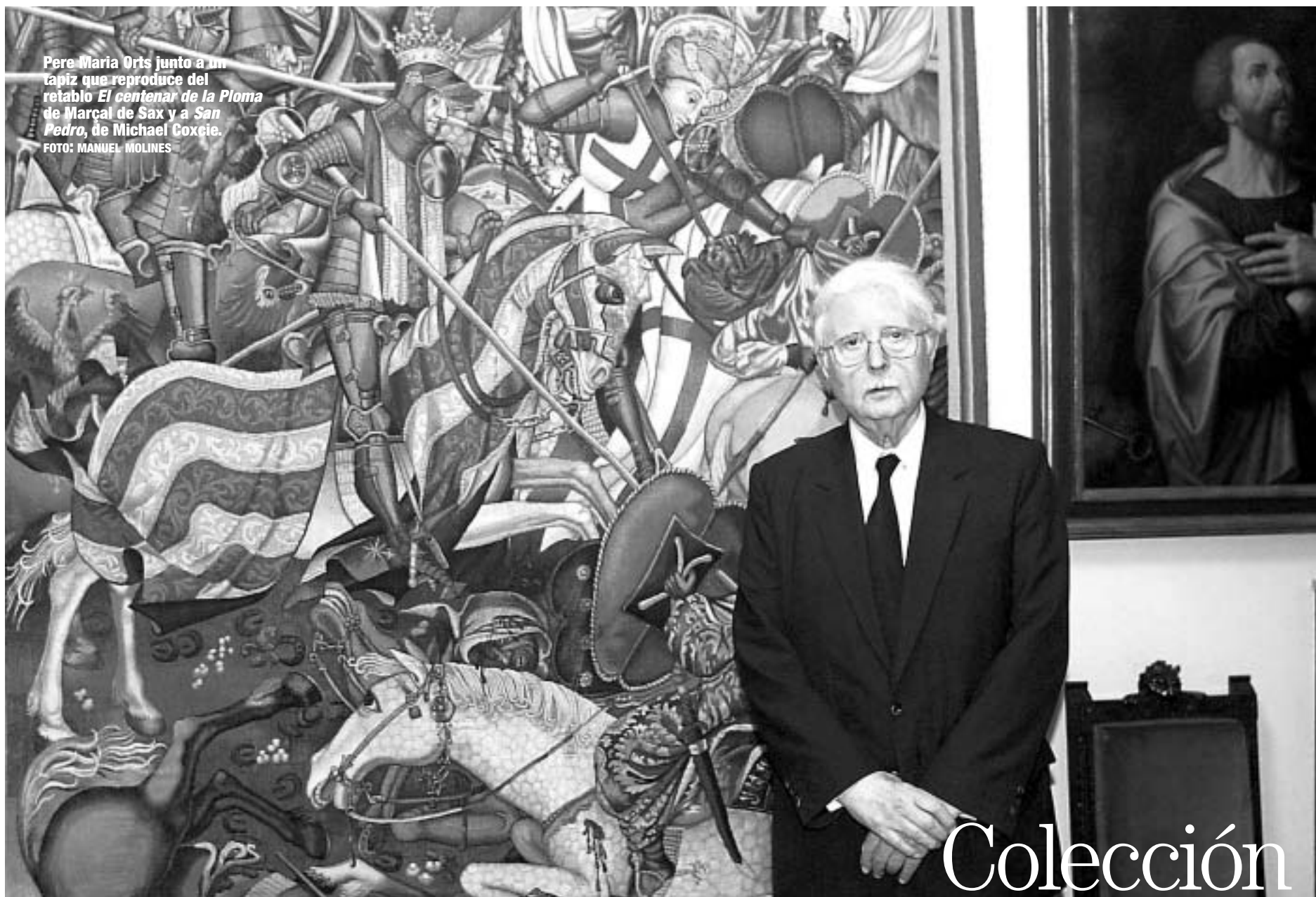
Gárgola



Puerta de las cárceles

Levante 4 de junio de 2006

En domingo



Pere Maria Orts junto a un tapiz que reproduce del retablo *El centenar de la Ploma* de Marçal de Sax y a *San Pedro*, de Michael Coxcie.
FOTO: MANUEL MOLINES

Colección

Orts
Bosch

La Colección Orts-Bosch se muestra en todo su esplendor, desde el pasado viernes, en las diferentes salas de exposiciones del Museo de Bellas Artes de Valencia. La importante donación, ratificada en noviembre de 2004 en el Palau de la Generalitat Valenciana constituye la mayor nunca antes realizada con destino al Museo San Pío V y, por ello, sólo comparable con algunos de las donaciones o legados históricos de las grandes centros museográficos internacionales.

Páginas 2/3

6/7 ENTREVISTA

Castillo Carpio

“El responsable de las agresiones al medio ambiente es el promotor. Y fundamentalmente los gestores del urbanismo”.

4/5 PATRIMONIO

Una fortaleza con futuro

Segunda entrega de la serie que describe el Castillo de Montesa



8 SOCIEDAD

Adictos al sexo

Una patología que se extiende entre los hombres maduros



Alfons Cervera

DESDE LA FRONTERA

Puente

EN las guerras, los puentes asumen la condición de lo enemigo. Hay que bombardearlos para impedir el paso del ejército contrario. Otras veces, los puentes son como algo cotidiano, tan cotidiano como un televisor, el sofá y la almohadilla eléctrica para calentar la edad antigua, como la nevera donde se enfría la bebida y aguantan los yogures. Y es entonces cuando esa cotidianidad, la costumbre de vivir cada día en el mismo paisaje, acaba por convertirlo todo en invisible. Atravesamos los puentes que juntan dos partes del pueblo, las orillas de un río, el musgo prehistórico que crece en las laderas de un barranco y es como si en vez de sobre el puente pasáramos volando a la otra parte: no nos damos ni cuenta de que el puente está ahí y lo atravesamos todos los días porque no tenemos la voluntad del pájaro ni su cabezona obstinación en pasar por la tierra sin dejar sus huellas como si fueran dioses. En Buñol hay un puente que cruza el barranco de los mudos y el pueblo se fue haciendo grande hacia el otro lado. Lo empezaron a construir en 1932, un 14 de abril, y cuando se inauguró al año siguiente se llamó de la República. Eran otros tiempos. Y ahí, por las calles y plazoletas que envuelven el castillo, fueron creciendo un sentido de la dignidad que no abunda en muchos sitios y la seguridad de que el mundo puede mejorar si en vez de conformarnos con la mierda luchamos sin descanso para mejorarlo. En Buñol siempre el tiempo fue otro y muy distinto. Sin embargo también aquí llegarían los efluvios de la dictadura y el puente cambió de nombre, como cambiaron de nombre tantas cosas en un país triste sometido a la devastación y al exterminio. Se le llamó

Nuevo, como si ese falso adjetivo fuera capaz de hacer olvidar el nombre de antes. No lo consiguió nunca y hace unos días el viejo puente regresó a su inalterable condición republicana. Allí estaban las izquierdas del ayuntamiento, mucha gente que aplaudía su decisión de devolver el puente a sus orígenes, los hombres y mujeres de entonces que recibían el homenaje desde hace tantos años merecido como nadie. El puente recobró la piel que le habían arrancado los de la victoria, volvió a respirar con el alma entera del superviviente, se erguía de pronto con su nueva arquitectura de dignidad recuperada en la memoria de sus paseantes. Era como verlo por primera vez, como si por primera vez lo cruzáramos para pasar de una parte a otra del barranco, como si definitivamente hubiera perdido su obligada y nada retórica condición de invisible. No estamos en guerra y el puente de la República, en Buñol, no es del enemigo. Lo veía allí, donde siempre pero a la vez tan diferente. Y me venían a la cabeza otros puentes amigos, aquellos que se inventaba **Pedro Salinas** en uno de sus poemas de amor más hermosos: *Y cuando te despierte/ y yo vuelva a colocar los ojos/ allí, donde ellos me enseñaron a mirar;/ te hablaré en voz muy baja de otro puente,/ por si acaso tú quieres./ Porque queda otro y otro y otro, aún.* No separan los puentes. Juntan. Aprieta el de Buñol las laderas del barranco de los mudos y les concede de nuevo la vocación incansable de recordar aquel 14 de abril de 1932. El día que les cuento regresaron sus voces, las de entonces, las que empezaron a construir no sólo un puente sino el andamiaje de una vida mejor para el pueblo y para sus gentes. Me gustan esas voces mucho más que cualquier silencio. Y por eso las escribo aquí, en este apacible paisaje de domingo. Por eso las escribo. Por eso.



Imágenes del estado actual del Castillo de Montesa.



Castell de Montesa (2)

Una fortaleza con futuro

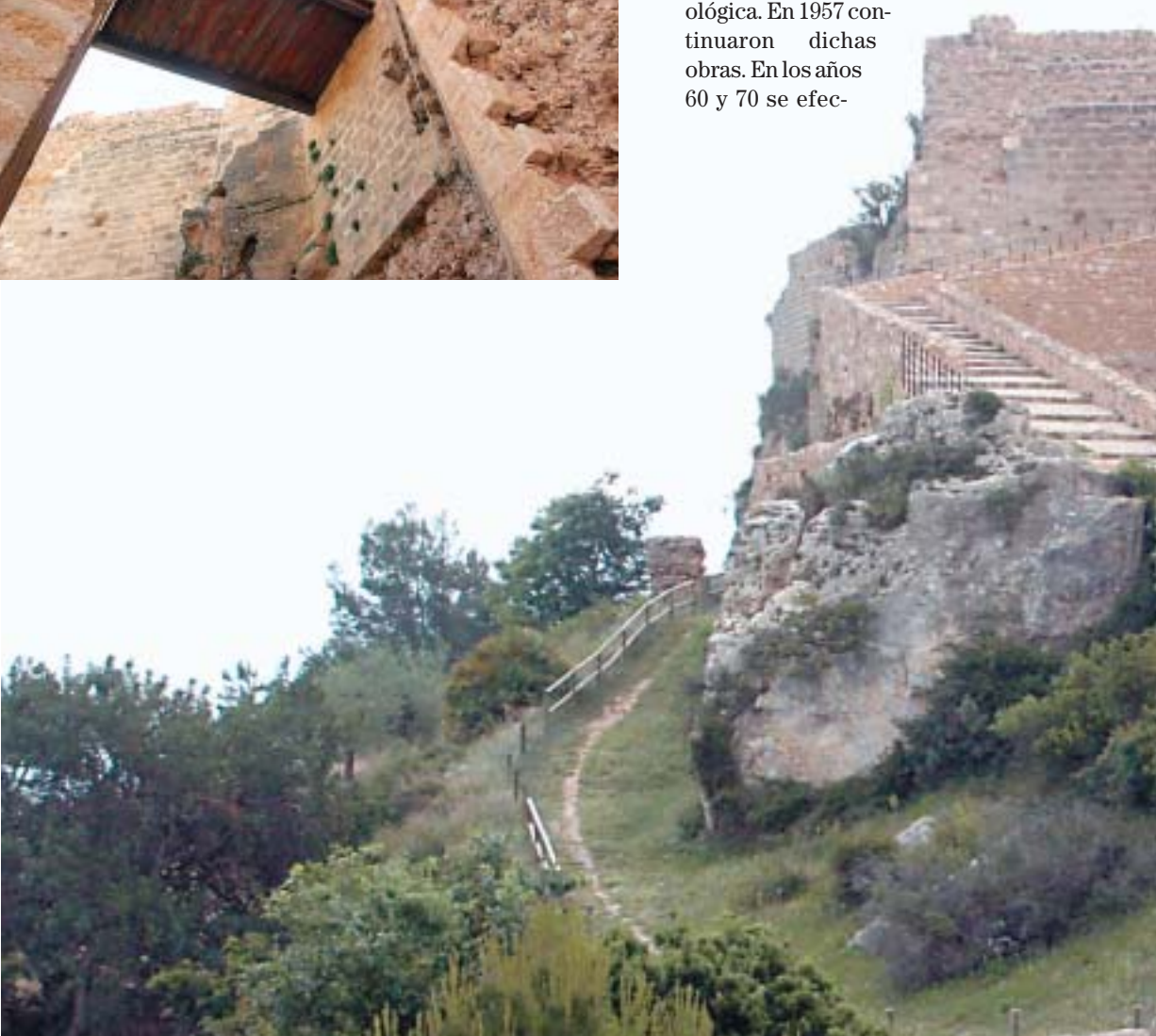
Agustí Garzó ■ XÀTIVA
FOTOS: PERALES IBORRA

UNA primera comparación entre las fotos antiguas y la actualidad invita a pensar que casi nada ha cambiado. Pero no es así. La eterna silueta ruinosa del castillo de Montesa no es la misma vista desde cerca; «se ha hecho mucho, aunque también falte muchísimo por hacer», explica Salvador Vila, arquitecto responsable de su restauración y que también trabaja en el claustro del monasterio de Santa Maria de la Valldigna, en Simat. Un plan director ideado en 1989 y dos procesos restauradores —a mediados de los noventa y durante el último año y medio— han conseguido, al menos, consolidar lo que queda e, incluso, rehacer algunas partes significativas. Son intervenciones, en todo caso, que carecen de espectacularidad porque, «que quede claro, reconstruir el castillo es una barbaridad, no tiene sentido alguno y no se hará jamás», aclara Vila.

Actuaciones en el castillo de Montesa —destruido por los terremotos de 1748— ha habido muy pocas, pero las ha habido. El propio Vila ha datado las que van de 1946 a 1955, que simplemente fueron labores de limpieza y desescombro para la prospección arqueológica. En 1957 continuaron dichas obras. En los años 60 y 70 se efec-

tuaron pequeñas obras de consolidación hasta la última. Salvador Vila ha hecho los trabajos más importantes de la primera fase: han consolidado la mejora del castillo, casi imposible de hacer, se eliminó el migón y el accesorio era un muy f... bloques... También la puerta y todo el principal». Vila agradece la importancia de las actuaciones de la actualidad, pero también la seguridad porque había desprendimiento.

“Este castillo es único, es un castillo de conveniencia, apenas su tipología es única y su carga histórica es tremenda”



eza D

ñas actuaciones de conservación. Nada más a década del XX. Vila recuerda que las más importantes en la historia de las obras fue la consolidación de restos y el acceso, «que era muy difícil. Se rehizo la senda y se puso un puente de hormigón, que es el principal, que es el más bonito, todo hecho de piedra. También se recuperó el acceso principal, se arrega que además de la importancia arquitectónica, «en cierta manera garantizaba la continuidad de la gente, el peligro serio de perderlos», recuerda.

castillo o; S- to hay. logía es su histórica enda”.

Sin embargo, tal como insiste Vila, la importancia de las actuaciones radica en poder completar la lectura del conjunto. «Cuando te enfrentas por primera vez al castillo ves ruinas y puedes llegar a pensar que no hay nada que hacer. Pero das un paso más y te das cuenta de que es increíble; que la planta es bien visible, que el claustro se puede percibir nítidamente...». Vila habla de la fortificación apasionadamente. «Este castillo es único; castillos-convento apenas hay. Su tipología es única y su carga histórica es tremenda. Eso hay que darlo a conocer y servirlo de la mejor manera, sino reconstruyéndolo todo, porque es obvio que sería demasiado, sí por lo menos dejando constancia clara de las estructuras y perpetuando lo que hay, que es mucho en contra de lo que la gente piensa. Sí, se esquilmo, pero sólo grandes sillares». «Nervios, columnas o arcos, todavía quedan bastantes. Todo ello está desperdigado y fuera de su emplazamiento original —continúa explicando el arquitecto— pero si se lograra reunir, nos asombraríamos de la cantidad de material que se conserva todavía», agrega Vila.

Conjugar esa lenta recuperación y hacerla atractiva al ojo del espectador es otra de las preo-

Imágenes comparativas del foso de acceso al Castillo, que muestran el estado actual y el de 1920.



INTERVENCIONES RECIENTES

1996-98. Consolidación de restos, acondicionamiento de accesos y puerta principal. Prospecciones arqueológicas.

1999. Obras de emergencia en las partes altas para evitar la pérdida de volúmenes por erosión.

2005/06. Restauración perímetro exterior de las murallas. Más prospecciones.

INTERVENCIONES PREVISTAS

2006/07. Reconstrucción parcial de la sala capitular (graderío, cierre de la bóveda, ventanas...). Diputación de Valencia. Presupuesto reformado, 360.000 euros.

Estabilización del talud del castillo, a cargo de la Diputación de Valencia. (Pendiente de adjudicación, publicado en el BOP el 27 de mayo de 2006). Presupuesto, 192.421 euros.

ocupaciones del recuperador del castillo de Montesa. «La visitabilidad del conjunto es primordial. Se ha avanzado mucho en ello, pero queremos que cada vez se recorra un espacio más amplio y además, hacerlo con mayor seguridad». No es el único reto. La próxima gran obra

pendiente es la sala capitular. Hay partes de esa sala capitular de las que se conserva hasta el 45% de los elementos aunque ahora estén desperdigados. Asimismo, la intervención en la sala capitular podría derivar, en el futuro, en «la posible utilización de una estancia cubierta para desarrollar algunas actividades», añade esperan-

Fotografías de la silueta del Castillo, que muestran el estado actual y el de 1920. A la derecha, plano de la planta general.

Castell de Montesa (y 3)

La Orden de Jaume II



La Orden de Montesa fue fundada a principios del siglo XIV como consecuencia del proceso inquisitorial abierto contra los templarios y se disolvió en 1835, con la desamortización de Mendizábal, cuatro siglos de historia simbolizados en la silueta del castillo que la identificaba y con una influencia notable en el medievo valenciano.

Rafel Montaner ■ VALENCIA
FOTOS: LEVANTE-EMV

En el siglo XIII las dos principales órdenes militares de la Corona de Aragón, el Temple y San Juan del Hospital, habían jugado un papel clave en la conquista de Valencia por Jaume I. La abolición de los templarios y la posterior decisión del pontífice de adscribir sus posesiones a San Juan del Hospital tropezó con la oposición de Jaume II, quien veía como esto suponía convertir a los hospitalarios en el poder señorial más importante de la Corona.

Esta disputa por los bienes del Temple, que se prolongó durante 10 años, no terminó hasta que la muerte del Papa permitió un acuerdo. La decisión final llegó a través de una bula del nuevo pontífice, Juan XXII, de fecha 10 de junio de 1317, en la cual «básicamente se establecía la creación de una nueva orden militar bajo el nombre de Santa María de Montesa, con el objetivo simbólico más que real de defender las fronteras del Reino de Valencia frente a los enemigos musulmanes», señala el director del Departamento de Historia Medieval de la Universitat de València, Enric Guinot.

La nueva orden administraría todos los bienes del Temple y del

Hospital en este reino, con la única excepción del patrimonio de los hospitalarios en Valencia (la iglesia de San Juan del Hospital) Torrent y Picanya, que conformarían una encomienda hasta el siglo XIX. Además, Jaume II dotaba la nueva entidad «con el término de Montesa, una pequeña villa real hasta ese momento, con el objetivo de que fuese el centro orgánico de la nueva orden, donde se debía construir un convento para residencia de los freiles eclesiásticos», apunta el profesor.

Por todo esto, explica que la creación de esta orden «es política, no militar». «Las órdenes militares nacen a finales del siglo XI, con motivo de la conquista de Jerusalén, mientras que Montesa se funda casi dos siglos después, por lo tanto su aparición es una solución diplomática un tanto anacrónica», añade.

Es una orden creada bajo la total influencia real de Jaume II, de hecho, continua el profesor, «los primeros miembros de Montesa son frailes catalanes del Hospital, muy fieles a la monarquía». Aunque será una «orden pequeña en el contexto hispánico, no comparable con las de Calatrava y Santiago, y una entidad no decisiva en la Corona de Aragón, en el ámbito valenciano se-



Jaume II. Debajo, una miniatura del siglo XIV que representa el asalto a una fortaleza.



rán claves desde el punto de vista del poder feudal y por lo tanto una de las instituciones principales que explican la historia valenciana de los siglos XIV y XV».

Guinot destaca que los montesianos se convirtieron en «los mayores señores del Reino de Valencia, los más poderosos después del obispo, y por lo tanto van a ser determinantes en la historia política bajomedieval». En este sentido, recalca que Montesa «siempre estuvo al servicio del rey y fueron un instrumento de su poder».

«Nunca —relata— se rebeló contra la Corona, siempre que hubo un conflicto se mantuvo fiel a la monarquía», como es el caso

de la guerra de la Unió de 1348, cuando el patriciado y las capas populares de Valencia protagonizaron la primera revuelta urbana de Europa contra el autoritarismo real, o la guerra de Castilla (1356-1365), conocida también como la de Los dos Pedros. Esta última, relata, «es la guerra más grave y desconocida de toda esta época ya que los invasores castellanos llegaron a ocupar dos tercios del Reino de Valencia y la zona de Teruel, mientras que la ciudad de Valencia tuvo que resistir el asedio de los castellanos».

Además, en el siglo XV, durante la conquista de Nápoles por Alfonso el Magnánim, los frailes de Montesa tuvieron una participación muy intensa en las guerras. De hecho el Clavero, una especie de tesorero de la orden, Lluís Des-

puig, «hijo de una familia de la pequeña nobleza de Xàtiva, llega a ser embajador y lugarteniente militar del Magnánim, dirige sus tropas y por tanto además de una figura clave a nivel militar lo es también en el campo de la política», revela.

Su nivel de influencia en el siglo XV fue tal que llegaron a ocupar el cargo de lugarteniente general del Reino de Valencia, la máxima autoridad tras el rey y que posteriormente derivaría en la figura del virrey. Por otro lado, cuando en esta centuria, detalla el historiador, «se crea la Generalitat como una organización delegada de las Corts para gestionar los impuestos, el brazo eclesiástico está encabezado por el arzobispo y el maestre de Montesa».

Para Guinot el poder de Montesa es más económico que militar: «Tenían un señorío muy grande y por tanto unos niveles de riqueza muy elevados». Este historiador cuenta que Montesa tenía 12 encomiendas: las templarias de Peníscola, Xivert, Ares, Culla, les Coves de Vinromà, todas ellas en la zona de Maestrat de Castelló, así como la de Montcada, en plena comarca de l'Horta; igualmente se mantuvieron las encomiendas sanjuanistas de Vilafamés, Onda, la Vall de Perputxent, Silla, Sueca y Montroir, «si bien éstas tres últimas se asignaron en bloque al Clavero para el mantenimiento del castillo».

A estas cabe añadir las dos creadas en Borriana y Valencia con los bienes conjuntos de las dos órdenes. «La antigua encomienda hospitalaria de la bailía de Cervera, la más grande y poblada, con su capital Sant Mateu (la quinta ciudad más habitada del reino por aquel entonces), quedó adscrita al Maestre», destaca.

A finales del siglo XVI, pese a la pérdida de Peníscola, las encomiendas montesianas abarcarían unos 2.500 km², el 10,6% del actual territorio de la Comunitat. Con todo esto, es una «orden pequeña, formada como mucho por 15 ó 20 frailes comendadores que ejercen como grandes señores, señores feudales rentistas», apunta Guinot.

Esta circunstancia lleva a que dentro de la orden haya dos clases diferenciadas, «por un lado están los frailes laicos, los comendadores, que son los que mandan y que incluso a finales del siglo XVI, ya en época moderna, una bula papal les permitirá contraer matrimonio, y por otro los clérigos y religiosos, que a principio hacen vida conventual en Montesa, y luego, a partir del siglo XV, ya vemos aparecer la figura del sacerdote o rector de parroquia que se reparte por las iglesias de las encomiendas». Según el historiador de la Universitat, este nivel inferior, el de los religiosos, «es secundario para la orden y de hecho sus miembros están marginados con respecto a los frailes laicos».

Con el paso de los años, estos

Bajo el influjo d Papa L

El momento de conflicto con respecto a la figura del Maestre se produce en los primeros nueve años del siglo XV cuando el Papa Benedicto XIII, interviene de forma directa para el control de la orden. El hecho consiguió su objetivo en diciembre de 1400 imponer como Maestre a Lluís de Corbera, un fiel a su causa. El Papa Luna fue un personaje clave en la Corona de Aragón. De hecho, el rey Alfonso V de Aragón, el Magnánim, tuvo un papel vital en el control de Caspe que permitió el cambio de dinastía y la coronación de los Trastámaras», argumenta Guinot. El historiador de la Universitat de València relata que se trata de un período histórico «de grave tensión social en el Reino de Valencia, en toda la Corona, que llevó a la muerte de Pedro el Cerco y la apertura del proceso que culminó con el Compromiso de Caspe y la coronación de los Trastámaras».



Es pues en ese momento cuando Benedicto XIII, el 24 de diciembre de 1400, otorga el derecho a nombrar Maestre de Montesa al papa. Ante la sentencia arbitral de la orden, el fraile Bonifaci Ferrer, hermano del santo, y en los años, un personaje clave en la vida política de la Corona», cuenta. Para Benedicto XIII tener bajo su poder a los montesianos. La Corona había concedido el castillo de Peníscola, que pertenecía a Montesa, rodeado por las tropas de esta orden. También buscaba su apoyo económico. Su sueldo era de «cuatro o cinco mil maravedís después de llevar al trono a Juan I de Antequera y éste le abandonó», la muerte del Papa Luna y la Corona se apropió del castillo.

Silueta del castillo de Montesa.



del
na

mayor con-
cto a la fi-
e dio en los
os del si-
pa Luna,
rvino de
conseguir
en. Y de
is objeti-
e 1409 al
stre a Ro-
hombre

n «perso-
ona de
él y el futu-
er jugaron
Compro-
provocó el
con la en-
trastáma-
not.
Universi-
ta de un
de muy
al y política
ncia y en
e va a ace-
rte sin he-
í el Humà
oceso su-
a en 1412
de Caspe
de la di-



texto en el
se reservó
de 1409 el
al nuevo
a «me-
n de una
dictada por
rrer, her-
en aquellos
influyente
le toda la

era vital
a los
rona le
castillo de
isamente
sa, y esta-
posesio-
Además,
u respaldo
ño se trun-
años des-
ono a Fe-
cuando
apunta. A
Luna, la
de Penís-

R. MONTANER

últimos se convirtieron en señores absentistas, «ninguno de ellos vive en los castillos de la orden sino en los municipios que encabezan las encomiendas y a partir de finales del siglo XIV no viven ni en las encomiendas sino en Valencia, donde forman parte de la nobleza urbana».

Si a finales del XIV todos los frailes pertenecen a la nobleza catalana, cien años después el cargo de comendadores lo ocupan miembros de la pequeña nobleza valenciana, «casi todos de Xàtiva como es el caso de los Despuig, los March, etc... y en el siglo XVI la orden ya es plenamente valenciana».

En la segunda mitad del XVI, cuenta el medievalista, «cambia la estructura de la orden, ya que personas casadas pueden recibir los hábitos de Montesa, y éstos empiezan a darse a miembros de la nobleza como algo honorífico». Teóricamente, cuando hacen los votos en el siglo XVI, los obligan a ir al castillo durante una semana «pero muchos no lo hacen».

A partir de entonces ser montesiano se convierte en una recompensa honorífica para los nobles que son nombrados frailes de Montesa, «que si tienen suerte puede ir acompañada de una renta económica. En los siglos XVII y XVIII la mayoría de caballeros de Montesa tienen el hábito pero ninguna renta de la orden, eso es algo que pasa en todas las órdenes militares», concluye.

La incorporación de Montesa a la Corona española tuvo lugar en 1592 con la muerte del último Maestre, Frey Pere Lluís Galcerà de Borja, marqués de Navarrés. Este descendiente de la familia de los dos Papas había ejercido el cargo desde el 19 de septiembre de 1545 hasta su fallecimiento el 20 de marzo de 1592.

Sin embargo, Montesa había dejado de ser autónoma el 15 de Marzo de 1587, tras la promulgación de la correspondiente bula papal que decretaba la incorporación de la orden a la Corona, cuyo tronó ocupaba Felipe II. «A partir de entonces apareció la figura de Lugarteniente General del Maestre, un caballero que en la práctica hacía estas funciones por detrás de la figura más simbólica del rey cómo Maestre de la orden», señala Guinot.

Felipe II repartirá el hábito de Montesa entre muchos nobles de la corte. «La muestra de que en los dos siglos siguientes la pertenencia a Montesa será un cargo honorífico sin más que acumula la nobleza es que por parte de la monarquía no habrá límites al reparto de hábitos», concluye.

Durante el siglo XIX, Montesa, al igual que otras órdenes, desapareció con los decretos de desamortización de Mendizabal en 1835. Los caballeros montesianos, al igual que los de otras ordenes militares, quedaron reducidos a una institución honorífica que ha perdurado hasta nuestros días.

Pasen y vean

Hasta el mes de octubre puede visitarse la exposición que muestra en la Beneficència los secretos del conocido como mayor espectáculo del mundo

José Luis García ■ VALENCIA
FOTOS: FERRAN MONTENEGRO

EN la plaza de toros o en los descampados que hasta hace poco salpicaban la ciudad, las carpas circenses han ayudado durante todo el siglo XX a dibujar con su achatado perfil el paisaje urbano valenciano. Sin embargo, la atracción que ahora nos brinda la Diputación de Valencia no es un espectáculo de tres pistas y quien invita a pasar y ver a niños y mayores, no es un charlatán con sombrero de copa y pajarita.

Se trata del Museu Valencià d'Etnologia, que desde el pasado 18 de mayo y hasta el 15 de octubre, será el escenario donde acampen las vivencias, las tradiciones y la cultura de la curiosa familia del circo.

Ese el objetivo principal de *Pasen y Vean*, una exposición que el Museu ha organizado para revelar al espectador la vida cotidiana de la familia que se dedica a este arte desde un punto de vista antropológico. «Decidimos montar esta muestra cuando nos dimos cuenta de que Valencia era un enclave con larga tradición de asentamiento para los artistas del circo», explica Joan Seguí, comisario de esta exposición. Y es que, poblaciones como Xirivella o Rocafort, acogen desde hace décadas a algunas de las personalidades y dinastías más conocidas en este mundo, como los Cristo o los Papadopoulos.

Así, a partir de diferentes entrevistas grabadas a artistas valencianos o asentados en la ciudad y sus pueblos, el visitante podrá conocer cómo se desarrolla la vida de una familia en movimiento, la del circo, protagonizada por nómadas a bordo de una caravana.

En este sentido, el diputado presidente del área de Cultura, Vicente Ferrer, enfatiza la «calidad científica» del trabajo del Museu d'Etnologia. «La exposición penetra con profundidad en el fenómeno antropológico, la forma en que el circo y sus protagonistas van unidos a nuestras vidas, pero también es una muestra muy atractiva para el público», explica Ferrer.

Al margen del interés antropológico de la exposición, *Pasen y vean* tiene otros recorridos por los que los niños y los no tan



Imágenes de los diversos montajes de la exposición. A la derecha, una de las atracciones de la exposición: los autómatas del pabellón artístico de los hermanos Valle.



niños se sorprenderán con las maravillas y rarezas del espectáculo circense. Para ello, el Museu ofrece una pequeña muestra de «todo el exotismo, la comicidad y las habilidades sobrenaturales» que recorren el imaginario colectivo de este grandioso espectáculo.

Aunque sin duda, la principal atracción de esta incursión entre las bambalinas del circo la conforma el *Pabellón artístico de los hermanos Valle*, un carromato de 1920 y restaurado para la ocasión, que hace las delicias de los espectadores con sus diez escenas de autómatas en movimiento, recogiendo momentos tan dispares como la cogida que mató a Manolete, o una secuencia de peluquería.

Los fondos aportados para la exposición tienen su origen en la Diputación, que ha puesto a disposición de los comisarios su archivo de cartelería de la Plaza de Toros. También han colaborado la Biblioteca Nacional de Madrid y numerosos coleccionistas particulares, así como el circo Gran Fele.

Payasos, trajes, autómatas, hombres prodigiosos, pantomimas... Una oportunidad para el entretenimiento y la curiosidad que, en definitiva, nadie debe desaprovechar.